

La Ciudad Radiante (con la excusa de... Le Corbusier, *La Ville Radieuse*, 1935)

1999

Publicado en: *Idees de ciutat i ciutadania*, INHECA, Barcelona, 1999.

A modo de prólogo, breve noticia sobre el autor del libro *La Ville Radieuse*: Charles-Edouard Jeanneret nace en Suiza el año 1887, y muere en Francia el año 1965. De padre grabador y madre músico, será pintor, arquitecto, diseñador, escritor, alcanzando máxima fama internacional, y llegando a ser el arquitecto más influyente de este siglo XX bajo el nombre de Le Corbusier.

Introducción al libro *La Ville Radieuse*(1)

Un formato modulado horizontal de 21x27 centímetros: un libro de 346 páginas, repleto de fotografías, dibujos, esbozos, en una composición dinámica, variada, atractiva, trazada desde una tipografía generosa.

Pero no es un libro, es todo un mundo, y una historia, que rezuma anotaciones y descubrimientos personales, dejando entrever todo lo que fascinaba a su autor, aplicado como estaba en la creación de un planeta entero, la creación de un nuevo cosmos y toda su sociedad como es este libro, como son sus libros, llenos de rastros de su propia alma.

“Escrito en 1931-1933 y aparecido en 1935”,(2) como consigna el mismo Le Corbusier, fue reimpresso el año 1964 con la siguiente nota *post scriptum* fechada el 9 de marzo de 1964:

“Y bien, Sr. Le Corbu ¡felicidades! Usted ha puesto sobre la mesa los problemas de los próximos 40 años hace ya 20 años, y sólo le ha servido para recibir una buena ración de patadas en el trasero (!).

Este libro contiene una masa imponente de planes de *urbanismo* completos, minuciosos, que van del detalle al conjunto, y del conjunto al detalle.

Y os han dicho: ¡no! ¡Os han tratado de loco! ¡Gracias!

Nunca se han imaginado, ustedes los ‘señores NO’, que lo que hay detrás de estos planes es la pasión totalmente desinteresada de un hombre ocupado toda su vida ‘de su hermano el hombre’, ocupado fraternalmente”:(3) cuando toda esa pasión y amor de Le Corbusier se nos ha como desvanecido, y sólo sus planes urbanísticos se nos han presentado en la escuela de la manera más seca y material posible.

De todas maneras, estas palabras reflejan el mismo comportamiento y autoconsideración que respiran, por ejemplo, las palabras introductorias de Adolf Loos al segundo volumen de sus escritos —*Trotzdem*— recopilado en esos mismos años treinta:

“Salgo victorioso de una lucha de treinta años: yo he librado a la humanidad del ornamento superfluo. ‘Ornamento’ fue una vez el epíteto de ‘bello’. Hoy, gracias al trabajo de toda mi vida, es un epíteto de ‘poco valor’ (...) y yo sé que la humanidad me lo agradecerá”.(4)

Ambos consideran por igual que saben donde están los problemas de la sociedad contemporánea, y entienden que tienen la solución a esos problemas, y el cómo debe ser esa sociedad. Pero lo que les acaba exacerbando es ver que ellos, al final, no tienen ningún poder para realizar nada, y que todo resta en manos de los políticos, faltos de esa clarividencia.

Por eso, *La Ville Radieuse* es un libro explícitamente “dedicado a la autoridad”,⁽⁵⁾ en el París de mayo de 1933, por qué es la que tiene “autoridad” para poner por obra lo propuesto: no es una dedicatoria de cortesía, simbólica, es real, aunque propositiva, perteneciente al mundo de los deseos. Para erigir esa ciudad contemporánea se hace necesario actuar con toda “autoridad”, y por eso el libro se escribe para ella, después de experimentar que tan sólo los políticos pueden poner por obra sus propuestas teóricas, urbanísticas, y que sin ellos todo se convierte en papel mojado: los “señores NO”.⁽³⁾

Sin embargo, el político por excelencia debiera ser arquitecto; remontemos sino la etimología de “político” hacia la de *polis*, ciudad; la persona más adecuada para llevar una *polis* es un arquitecto, por ser a quien tradicionalmente la modernidad ha encargado la resolución de todo lo necesario para vivir, “desde la cuchara hasta la ciudad”... Es el único cuya formación contempla todo el abanico del saber humano, desde las ciencias a las letras, desde la técnica al arte. De hecho, en Sudamérica (y no en Europa) ya ocurre bastante, que numerosos alcaldes son arquitectos, un campo —la gestión y desarrollo de la ciudad— en el que un arquitecto puede hacer un servicio formidable.

Por otro lado, como artista que es, su autor advierte ya desde la portada del libro que “los planes (urbanísticos) no son de la política” sino que son un “monumento racional y lírico”.⁽⁶⁾ Sin embargo toda la poética y lírica de Le Corbusier no nos ha llegado oralmente, sólo lo racional (lo más objetivable) se ha transmitido en la docencia.

Y sobre el título del libro, ya desde él se empiezan a decir cosas: *La Ville Radieuse*,⁽⁷⁾ “La Villa Radiante”, la ciudad brillante, resplandeciente, que recuerda la fisicidad de las utopías urbanas refulgentes de Bruno Taut y su urbanismo expresionista. Quizá el único, por ser el más sistemático, que propone ciudades expresionistas en su conjunto, desde sus grandes edificios cristalinos, contruidos con los reflejos de mil luces blancas de nieves alpinas. Pero más allá, “La Villa Radiante” también significa el gozo y la alegría grandes que se sienten y manifiestan —sentirse radiantes, estar radiantes— ante la propuesta urbana moderna que esta ciudad supone: referencia a una sociedad ideal, satisfecha, radiante ella misma por su contento al vivir en una ciudad cuyas características objetivas y materiales deben ser las que de por sí lo conviertan todo en un “mundo feliz”. Y todavía más, que su construcción se convierta en un punto de ignición, radiante, para irradiar por todo su entorno (primero al campo que la rodea y luego a otras ciudades) esa nueva vida moderna perfecta, o que por lo menos se piensa perfecta si se siguiesen los principios de eficacia y funcionalidad que se consideran deben regirla.

Pero más todavía avanza el subtítulo del libro: “Elementos de una doctrina urbanística para el equipamiento de la civilización maquinista”.⁽⁸⁾ Por un lado, con la palabra “elementos” reconoce que al fin y al cabo todo el libro no deja de ser un ágil *collage*, o sea, elementos heterogéneos —en un inicio—, que, descontextualizados y “encolados” entre sí ofrecen una nueva realidad, un nuevo contexto, *La Ville Radieuse. Collage*, sí, de imágenes muy diversas, pero también de escritos que Le Corbusier va recopilando ahí, datados en distintas fechas, y fruto de varios años de trabajo.

De otra parte, con la palabra “doctrina” muestra la seguridad con que argumenta sus principios, convencido de que deben ser enseñanza dada para instrucción de la gente, pues considera que son ideas que están más allá de ser meras opiniones, y que para ir bien todos deberían acatarlas. Puntos de vista que han acabado por cristalizar en el dogmatismo de las nuevas academias, los *establishments* modernos, que los enseñan públicamente vaciados de la carga subjetiva —poética, creativa, expresiva (¡necesaria también!)— que contenían, asumiéndolo todo como axiomas cerrados.

En esa seguridad resuena otra vez la actitud propia de los defensores de la modernidad racional-funcionalista (vendida como la auténtica, la más ortodoxa), desde Adolf Loos hasta hoy mismo inclusive. Un Adolf Loos —conocido personalmente por Le Corbusier (9)— que para poner un título a una publicación que estaba preparando barajó los siguientes nombres (10) *Lo verdadero, Lo acertado, Lo indispensable, Lo propio, Lo recto, Lo correcto, Lo seguro, El (hombre) seguro, Lo necesario, El profeta, Adolf Loos*. Títulos que dan muestra de hasta que punto se sabían en “La Verdad” los “héroes”(9) de la modernidad, cuando no eran más que opiniones —muy respetables pero opiniones—, y de una tendencia concreta distinta a otras.(11)

Un espíritu heredado hasta hoy —en la academia moderna— pero que cada generación ha asumido con cada vez mayor ceguera: a más cortedad de miras, a menos inteligencia, a más lejanía de los pioneros que introdujeron aquella modernidad (todo esto coincide), más cerrazón e inmovilismo. La mediocridad suele defender sus posiciones, su debilidad, presentando sus ideas como dogmas férreos, y considerando el resto como algo sin interés alguno. Así queda eximida de tener que argumentar, sin que deba demostrar ninguna capacidad crítica (esto es algo que se vive a diario en este mundillo).

No obstante, lo definitivamente esclarecedor en el subtítulo del libro es la declaración de que el fin de todo esto es equipar una civilización concreta, la maquinista. Esto después de haber asumido la máquina como paradigma del progreso, y el mundo de la máquina como la gran fuente de “inspiración”: fuente máximamente adecuada al mundo industrial de hoy, y otra vía alternativa al mundo academicista-clasicista-historicista de ayer.

La fascinación de Le Corbusier por la eficacia y economía de la máquina, y luego por la misma estética de la máquina, es algo compartido en toda la escena de la arquitectura y del diseño, pero especialmente en la Centroeuropa de los años veinte y treinta. Es el momento en que se expande de manera arrolladora el maquinismo, casi en forma de moda, pero permanecerá como una tendencia siempre presente, aunque con variaciones, a lo largo de todo este siglo.

Aquí y ahora no se trata de hacer una historia del maquinismo, pero si cabe referenciar algo esta corriente, clave en un Le Corbusier que llegó a pensar en la vivienda como una máquina para vivir.(12) Muchos altibajos sufriría la concepción de una sociedad maquinista, desde que Filippo Tommaso Marinetti funda el futurismo en 1909 con palabras como estas: “cantaremos (...) los barcos aventureros que atisban el horizonte, las locomotoras de amplio pecho, que trotan sobre raíles, como enormes caballos de acero con tubos por riendas, y el vuelo resbaladizo de los aviones, cuya hélice se mece al viento como una bandera”.(13) Pues, a los pocos años, especialmente por parte de los dadaístas, viendo el horror de la primera guerra mundial, se extenderá la desconfianza ante la máquina, que ha llevado a la destrucción masiva, y crearán los llamados “antimecanismos”, que muestran su inutilidad y exageración en la exaltación de la máquina.(14) Pero esto no será suficiente para que las construcciones y diseños de los ingenieros, de gran precisión, sigan impactando en los arquitectos, que

deslumbrados por la técnica se lanzarán en los años sucesivos a dar rienda suelta al maquinismo.(15)

Es entonces cuando Le Corbusier ejemplifica en sus publicaciones la perfecta funcionalidad de los barcos, presentándolos como verdaderas ciudades flotantes ideales. Ahí, cada centímetro está pensado de la mejor manera, consiguiendo en el diseño y medidas de los camarotes una máxima economía. Algo fácilmente envidiable para aplicarlo también a las viviendas, y así conseguir casas que respondan a criterios de precio mínimo, pero a la vez de máximas prestaciones. Además, esas viviendas, al hacerse —en teoría— estandarizadas y en serie, toman de la industria (de la máquina) su mismo sistema de producción. Todo ello hace posible que sea cual sea la capacidad adquisitiva de los individuos se pueda acceder a un *Existenzminimum*, a unas viviendas mínimamente dignas, eficaces también, de perfecto funcionamiento, como una máquina. Mayor coherencia y adecuación a los tiempos, imposible (o eso parece).

Por ejemplo, se trata de estudiar todos los movimientos que se hacen trabajando en una cocina, haciendo que las cosas se sitúen en el lugar y a las distancias adecuadas para que los movimientos se reduzcan al máximo, y así ofrecer mayor comodidad y ahorro de tiempo, a la vez que ahorro de espacio y por tanto de dinero. (De la nevera a la tabla, de ahí al cajón de los cuchillos, y desde él al armario de las cacerolas, para seguir al fregadero y recalar en el fogón... todo en su justa dimensión y altura, para que no haya que dar ni un paso que pueda evitarse con una más ajustada distribución de las cosas). Una vez realizado este diseño debe aplicarse al resto de la vivienda, alcanzando así unos modelos estandarizables, unos tipos ideales a repetir en serie,(16) dentro de ese *Existenzminimum*, dentro de un mínimo para existir; proyectando después la ciudad entera bajo los mismos criterios de funcionalidad y economía; consiguiendo en la vivienda y en la ciudad unas perfectas máquinas para vivir que mejoren la calidad de vida.

Lo triste viene cuando todo el universo real de Le Corbusier, la totalidad de ese universo, se ve reducido tan sólo a unas despreciables cenizas, cuando toda la emoción y sensibilidad de Le Corbusier se nos ha perdido por el camino, y sólo lo pragmático de sus propuestas se enseña públicamente. Sin embargo, desde la primera página del libro comenta que “lo objetivo y lo subjetivo son los dos polos entre los que surge la obra humana hecha de materia y de espíritu”.(17) Increíble. ¿Entonces, por qué sólo nos ha llegado una arquitectura objetiva y material como paradigma de modernidad, y sólo así se imparte la arquitectura (por lo menos desde la Escuela de Barcelona), cuando de manera indisociable Le Corbusier nos muestra siempre la cara subjetiva y espiritual, que se nos ha ocultado? Pues ¡qué casualidad!, cuando lo que hoy se debería realmente enseñar es lo más cercano a lo subjetivo, a tener criterios para seleccionar la infinita información de la actualidad, que padece de una rápida caducidad: no se confunda el lector, pues la enseñanza no es la simple acumulación ingente de información, que sí sería lo más cercano a lo objetivo.

En efecto, no todo es maquinismo en Le Corbusier. También, ya desde el preludio añadido a modo de “comentarios con ocasión de la reimpresión de *La Ville Radieuse*”,(18) muestra su reafirmación de situar el sol, el espacio y el verde como condicionantes claves de la naturaleza que deben ponerse al servicio del ser humano, bajo el habitar, trabajar, cultivar el cuerpo y el espíritu, y circular; “con este orden y en esta jerarquía”;(19) donde cada una de esas actividades encuentran un sitio específico en una ciudad zonificada según las mismas; y desde un libro que, en realidad, mantiene a la naturaleza como referente principal para la arquitectura; referente perdido hoy, cuando prácticamente las únicas fuentes de inspiración “oficiales” parecen ser Le Corbusier mismo (o más bien tan sólo sus huesos secos) y Mies van

der Rohe también, desde hace decenios y decenios,(20) en un espacio cerrado, hermético, no ventilado; donde esa inspiración es ya de un aire irrespirable, caduco, viciado, agotado; cuando afuera el aire es tan puro...

Afortunadamente, el camino sigue marcado, pudiéndose redescubrir por todo el que tenga ojos para ver y oídos para oír; impreso por todas esas imágenes y metáforas con que Le Corbusier ha enriquecido desde su libro el entendimiento del urbanismo y la proyectación de la ciudad; bien podrían recogerse, pues, algunas de ellas en las siguientes líneas. Pero deben dejarse con todo el etéreo poder de sugerencia que poseen, sin explicaciones directas que acoten el delicado halo que las enriquece.

Por ejemplo, al principio del libro, sobre el índice, aparece gráficamente el cómo para que crezca un buen árbol hay que plantarlo reforzándolo con un rodrigón bien clavado, y cuidar delicadamente las cuatro capas sucesivas, de buena tierra con abono al fondo, un lecho de tierra fina bajo sus raíces, inmersas estas en tierra vegetal muy fina, con nueva tierra de subsuelo y fertilizantes encima de todo.(21) Y desde ahí se despliega una primera parte de prolegómenos, iniciada con la imagen del cómo las huertas crecen, fruto de un entrecruzamiento de tres circulaciones: la horizontal circular del caballo, que hace girar la vertical de la noria, que a su vez saca el agua sobre el sistema de canales, repartiéndola por todo el llano.(22) ¡Y no es que ahora Le Corbusier quiera hacerse granjero!, sencillamente está ilustrando con sutilidad y poesía la ciudad de la modernidad, ¡hasta introduciendo chistes!, cuando hoy en día este tipo de discursos no se “permiten” a nadie (no se toleran por parte de la academia moderna).(20)

Y así se va explicando, con un ritmo casi contemplativo de aplicación a la ciudad moderna: cómo nuestro sistema solar es justo esto, un sistema, de ordenadas órbitas;(23) a la vez que se siguen produciendo los grandes-pequeños descubrimientos entre ser humano y naturaleza, en un darse cuenta de que constituyen un binomio indisoluble;(24) mientras que todo eso argumenta y enriquece la lectura de la ciudad ofrecida desde *La Ville Radieuse*. Desde el convencimiento de un renacimiento del cuerpo humano,(25) precisamente posibilitado por la aplicación de su teoría urbanística. La norma, la lección, es ahora (y siempre) la naturaleza, y el delito nuestro consentir en renunciar a ella: vivir sano(26) es una necesidad irrenunciable, como justificación de fondo, verdadera alma que mueve la configuración de toda la urbe. Una simple piña, una concha —con las que ilustra su libro(27)—, son armonías sublimes del universo, y aun existe la posibilidad de que podamos descubrirlo. Para ello, se espera que una planificación haga de intermediaria, pero una planificación profesional;(27) planificación que mantendrá, “como piedra angular de toda urbanización moderna, el respeto sacro de la libertad individual”;(28) pero, eso sí, bajo el entendimiento de que el suelo es de la colectividad, en un estado en el que el suelo no tiene propietarios, y no está dividido en parcelas individuales (de intereses tan variopintos como personas), ya que sino no podría planificarse de la forma coherente y universal que precisa “La Villa Radiante”. Presuntamente, con ello se propiciaría la eliminación de experiencias de falta de libertad, igualdad, fraternidad, frecuentes en las inmensas aglomeraciones urbanas, en que se vive la más cruel soledad, distancia y olvido.(29)

En suma, se viene a explicar (contando por supuesto con los rastros acumulados en el subconsciente por lecturas cruzadas entre textos e imágenes) la concepción íntegra de toda una sociedad nueva, la que está necesariamente en la base de la concepción íntegra de toda una ciudad nueva.

Introducción a la evolución de la ciudad en la obra de Le Corbusier

[que permita situar *La Ville Radieuse*]

Acabada la primera guerra mundial, Le Corbusier propone en 1922 su primer proyecto urbanístico, que llamará “La Ciudad Contemporánea para tres millones de habitantes”. Hay que tener en cuenta que entonces París tenía tres millones de habitantes, y que este proyecto se presenta en la Exposición de las Artes Decorativas, en el París del año 1925.

Sus antecedentes directos aparecen justo antes de la primera guerra mundial, por parte de Antonio Sant’Elia que presenta en 1914 “La Ciudad Nueva”, que a su vez depende especialmente de “La Ciudad Industrial” que Tony Garnier hace pública en 1904. Esta ya establece una zonificación de funciones (vivir, trabajar, descansar, transportar), y por lo tanto introduce criterios funcionales por delante de los criterios formales que habían regido más de cinco milenios de planeamiento urbanístico. Eso junto a la introducción de los nuevos materiales y técnicas, como el hormigón armado, en un conjunto de ciudad-jardín, basado a su vez en las propuestas del socialismo utópico, y también avanzando la segregación de circulaciones diferenciadas.

Más tarde, “La Ciudad nueva” de Antonio Sant’Elia se inspirará especialmente también en el desarrollo de los altos rascacielos de Chicago y Nueva York que tanto le subyugaban, además de dar muestra de cierta filiación con la *Wagnerschule* vienesa (aunque declarase externamente su rechazo). Se trataba de proyectar una metrópolis utópica en un nuevo mundo en el que la máquina (la técnica, el progreso) quedaba monumentalizada, y en el que se rechazaba —como buen futurista— cualquier relación con el pasado. Además, había un especial cuidado a la hora de proyectar la circulación de vehículos, a distintos niveles de altura. Todo acompañado de un texto que acabaría siendo el manifiesto de arquitectura futurista, del cual se pueden extraer algunas frases claves:

“Nosotros debemos inventar y reedificar la ciudad futurista parecida a un inmenso edificio en construcción, tumultuoso, ágil, móvil, dinámico, en cada una de sus partes, y la casa futurista parecida a una gigantesca máquina. (...) nosotros —materialmente y espiritualmente artificiales— hemos de encontrar la misma inspiración en los elementos del novísimo mundo mecánico que hemos creado, del cual la arquitectura debe ser su más bella expresión, su síntesis más completa y su integración más eficaz”.(30)

Tras esas dos ciudades, “La Ciudad Contemporánea” de Le Corbusier supone entonces el tercer gran paso —dados uno en cada década— para desarrollar la ciudad del siglo XX. Pero además, Le Corbusier acaparará a su vez el siguiente y cuarto hito del urbanismo contemporáneo —ya en la década siguiente, la de los años 30— representado por “La Villa Radiante”.

Introducción a *La Ville Radieuse*

Su importancia radica en ser el modelo de ciudad en el que Le Corbusier elaboró por primera vez los principios de una “ciudad funcional” completa y coherente, luego expuesta como generalización programática en el IV Congreso de los CIAM, el año 1933 en Atenas (“a los pies del Partenón”), recogida en la famosa “Carta de Atenas”, y convertida así en un monumento clásico de la arquitectura moderna.

“La Villa Radiante”, como consecución de un ideal indiscutible, vivir en plena naturaleza; pero ideal nunca alcanzado, al no ser asumido por la “autoridad”; a pesar de las múltiples aplicaciones propuestas —concretas y directas— de ese plan genérico, que es lo que en

definitiva es *La Ville Radieuse*. Incluso aplicación concreta —por ejemplo— en Barcelona mismo, bajo el nombre de “El Plan Macià” en 1932.(31) De hecho, el capítulo sexto(32) muestra innumerables propuestas, para Buenos Aires, Sao Paulo, Montevideo, Río de Janeiro, Alger, Ginebra, Anvers, pero también Moscú, Estocolmo, Roma, etc.

La ciudad, como un jardín, un inmenso parque, disfrutando de uno de los temas principales, la supresión de la calle-corredor, la “muerte de la calle” como gustaba anunciarlo Le Corbusier;(33) donde los bloques continuos de viviendas van serpenteando, como flotando sobre el suelo, sin tocarlo, convertido todo él en una gran zona verde; esto ligado a las posibilidades de la nueva arquitectura de planta libre, fachada libre y muros-cortina, terrazas-jardín. Pero en “La Villa Radiante” bajo una clave máximamente maquinista, que hasta le hace hablar de edificios de “respiración exacta”, o sea, edificios totalmente herméticos donde la calidad del aire es controlada y garantizada mecánicamente.(34)

Y junto a esto, no se deja de tener en cuenta lo aprendido en los modelos de Tony Garnier y Antonio Sant’Elia: los principios higienistas (sol, espacio-aire, verde), la zonificación, la discriminación de vías de circulación distintas, la ciudad-jardín, la importancia de la conectividad, la construcción en altura y con los nuevos materiales y técnicas... Pero el tratamiento tan minucioso que Le Corbusier hace de las viviendas casi convierte su urbanismo (ciencia de la ciudad) en domismo (ciencia de la casa), cuando su “hacer ciudad” es “diseñar el vivir”, y con ello la vivienda. Sin embargo, ante los espectaculares resultados conseguidos, resultados urbanos, llenos de coherencia también, los puntos críticos pierden crédito. Esto no quiere decir que todos lo vean así, como cuando, por ejemplo, José Antonio Coderch (que por cierto, sí recibió crítica sobre el tipo de ciudad que él mismo proyectaba, diseñada también más desde la vivienda que desde la calle) se enfrenta personalmente a Le Corbusier, con esa vehemencia que le caracterizaba:

“Nunca quise conocerle (a Le Corbusier), y por lo tanto tratarle. No tenía clase. Es la única persona a la que nunca he querido tratar. Estuve muy acoirazado siempre, dada su reconocida fama, con este resentimiento hacia él. Era basto y fatuo. Como arquitecto y dentro de un determinado nivel, creo que no era de los buenos, creo que era bastante mediocre. Como urbanista, nefasto”.(35)

Por último, podría hacerse un recorrido “aéreo” que ofrezca una visión de conjunto, comentada con toda intención, desde unos elementos claves que sintetizan con gran claridad la totalidad de la propuesta: se trata de las “planchas” de *La Ville Radieuse* que Le Corbusier mismo presenta como piedras angulares y resumen, desde el Congreso de Bruselas del CIAM, en 1930.(36) “Estas planchas, diseñadas tras el regreso de América, constituyen los elementos positivos de una doctrina de urbanización de ciudades de la civilización maquinista. Productos teóricos puros, que permiten fijar el principio mismo de las cosas, idealmente”.(37)

En la primera, se recogen seis ejemplos de combinaciones arquitecturales, de bloques continuos en forma de arabesco o greca, susceptibles —como dice él mismo— de disponer grandes y variados espectáculos de arquitectura, tras hacer desaparecer la calle-corredor, y dejando un 88% de superficie libre, sólo pisada por los pilares de esos bloques y sus vestíbulos de acceso a las plantas superiores.

Desde ahí se va explicando en el resto de las “planchas” la creación de la “calle interior” (con viviendas a este y oeste), y la creación de la “calle en el aire” (con viviendas al sur y pasillo a norte), para asegurar el óptimo asoleamiento en todos los casos y orientaciones. Llegándose a una densidad de mil habitantes por hectárea, en una “ciudad verde”, con todo el suelo libre y

ajardinado, bajo pérgolas, bloques sobre “pilotis” (de 50 metros de altura, o sea, unos 20 pisos) y autopistas sobreelevadas (a 5 metros de altura): una ciudad con perspectivas ilimitadas.

Especialmente trabajado, consigna también un estudio heliotérmico, que tomará gran importancia, para que ninguna vivienda quede privada de sol: las inclinaciones del sol, la orientación correcta de las viviendas, la colocación del eje heliotérmico en relación al máximo asoleo, etc.

Las autopistas (“el circular”) sustituyen a las calles-corredor, y los autopuertos (parkings) se sitúan estratégicamente, constituyendo todo una malla ortogonal de 400 x 400 m que agiliza muchísimo el tráfico, diferenciando cruces simples o complejos según se crucen vías primarias, secundarias o terciarias. Existe incluso una diferenciación a distintos niveles de las circulaciones pesadas y ligeras, que garanticen la máxima eficacia; con una estudiada red de ferrocarril metropolitano bajo tierra. Mientras, los peatones circulan también por caminos en diagonal, por el parque —urbanizado a modo de jardín inglés— que ocupa toda la superficie de planta baja, la del suelo natural, sin obstáculo ni peligro alguno.

¿Qué se llega a conseguir, además? Una ciudad de mayor densidad que el mismísimo París (luego, mayor economía), gozando sin embargo de una gran libertad de planta. Además, por su disposición en el plano siguiendo un único eje vertical, se permite un crecimiento prácticamente ilimitado de la ciudad a izquierda y derecha. Siempre respetando la esencial zonificación general que ordena de arriba abajo, primero, la “Ciudad de los negocios”, con rascacielos de 150 a 170 metros de altura, junto a la estación y aeropuerto; más allá hoteles y embajadas, hasta llegar a la zona correspondiente a la vivienda y el ocio (“el vivir y descansar”); y por debajo restaría la industria de manufactura (“el trabajar”), el área de almacenaje y la industria pesada, bien conectado todo por el ferrocarril.

Esta es por fin “la ciudad máquina” para vivir, radiante, pensada en todas sus dimensiones para un funcionamiento preciso, inmejorable; como un automóvil nuevo, impecable, como el transatlántico más moderno, donde todo tiene su sitio y no cabe nada superfluo; justo la urbe adecuada a los actuales tiempos “maquinistas”, y sin embargo, hasta ahora nunca definida con esta sistematicidad.

Introducción a su crítica

[o el fracaso de un modelo socialista en una sociedad capitalista]

Por un lado se tiene una propuesta socializante ideal, que planifica al detalle el territorio y cada una de sus partes, desde la facilidad de pensar que todo es aplicable —imponible— a un suelo que parece disfrutar de la condición de público, donde la negociación o normativa hasta se hacen innecesarias. Sin embargo, más allá de la utopía socialista, se halla el tiburón capitalista, con un suelo privado repartido en un complejo mosaico informe, en el que todo promotor tiene —por supuesto— unos intereses exclusivamente comerciales, mercantilistas, y es capaz de presionar a cualquier “autoridad”: más si es local, en un contexto secular siempre caciquista... y en especial si se deja “presionar”. Frente a esto, con *La Ville Radieuse* se obliga a una ciudad sin las normativas genéricas que permiten muchas soluciones arquitectónicas diversas, sino que ya se trata de la propuesta de una arquitectura concreta, con un proyecto definitivo para todas las viviendas. Por otra parte, la dura realidad también resulta ser un estado capitalista incapaz de sostener el mantenimiento del 100% del territorio como zona verde: y un ciudadano anonimizado que vive en el piso 15, pasillo C, puerta 9 (del bloque

Omega en la calle 27), que no siente de verdad como propio, para cuidarlo, aquel trozo de verde de allá abajo, en el abismo. ¿Cómo conjugar entonces lo imposible?

En otro orden de cosas, Hugo Häring, indiscutible arquitecto de la modernidad en sus tiempos heroicos, vanguardista en la primera línea de la arquitectura moderna del periodo de entreguerras (pero de tendencia algo más expresionista), denuncia ya “La Ciudad Contemporánea” proyectada por Le Corbusier desde el año 1922: preveía en ella una propuesta de un futuro detestable, organizado como un “mundo militar prusiano”,(38) ordenado, alineado, disciplinado, pero frío. Entendía la imposibilidad de que en su realización no se perdiese su vida.

Este es el problema, un proyecto magnífico y completo en su origen, pero donde lo primero en corromperse, como en todo cuerpo, es precisamente lo que parece más hermoso de él, sus delicados matices cromáticos, la tersura y flexibilidad de su piel, las formas de su carne. Qué derroche de efímera belleza... Al cabo de un zarpazo infinitesimal de tiempo acaba convirtiéndose todo en un montón hueco de huesos. Triste destino de “La Villa Radiante”, que, tras caer la poesía subjetiva mantenida con vida tan sólo por el espíritu de Le Corbusier, quedó el cadáver de lo objetivo y material; los despojos rígidos y acartonados de unos valores funcionales y economicistas sobre los que se cargaron las tintas; la ciudad verdaderamente humana partió a otro mundo. Y esto ligado al mismo modelo antropológico —también objetivo y material— que se acabaría imponiendo entre las clases dirigentes (“la autoridad”). A estas les era suficiente un urbanismo barato que no ofreciese más que el cumplimiento eficaz de las mínimas necesidades físicas. Sin embargo, hay otra realidad, las necesidades psíquicas del ser humano, que piden una ciudad, sí, funcional y cómoda, pero —a su vez— expresiva, simbólica, comunicativa. Algo con lo que poder identificarse de manera personal y única. Un lugar que también permita el sueño... La “magia”, el misterio, la sorpresa, todo lo que es innombrable, y sin embargo tan humano (¡sólo humano!) que no puede eludirse en el planeamiento urbano: la química, la física y la metafísica, que todo eso es el hombre y la mujer.

Al final, se haga lo que se haga con él, Le Corbusier sigue ahí, completo, en sus libros, para cualquiera que quiera acercarse sin prejuicios, con toda su fuerza original. Aunque ahora, los que merecen ser el blanco de sus palabras sean precisamente los que piensan que detentan la modernidad ortodoxa, los que nos han hecho perder aquel camino (el norte de la poesía), la nueva academia moderna, diana contra la que se deben dirigir frases como estas:

“¡Prodigiosa era de la arquitectura! ¡Todo es arquitectura!
Arquitectura, es poner orden.

CALLAROS, CUERVOS (BUITRES) DE ACADEMIA

‘¿Acaso va a morir la arquitectura?’
¡Callaros entonces, cuervos (buitres) de academia!’(39)

NOTAS

(1) LE CORBUSIER, *La Ville Radieuse*, Vincet, Freal & Cía., París, 1964 (1935).

(2) “*Écrit en 1931-1933 et paru en 1935*”: *ibidem*, p. 347.

(3) “*Eh bien, Mr. le Corbu, félicitations! Vous avez posé les problèmes de 40 années de futur, il y a 20 années! Et on vous a servi l'ample et totale ration de coups de pieds dans le derrière! // Ce livre contient une masse*

imposante de plans d'urbanisme complets, minutieux, allant du détail à l'ensemble, de l'ensemble au détail. // On vous a dit: Non! On vous a traité de fou! Merci! // Avez-vous jamais pensé, messieurs les 'Monsieur NON!' qu'il y avait dans ces plans la totale passion désintéressée d'un homme qui sa vie durant s'est occupé 'de son frère-homme', occupé fraternellement."(sic): *ibidem*, p. 346.

(4) "Aus dreißigjährigem kampf bin ich als sieger hervorgegangen: ich habe die menschheit vom überflüssigen ornament befreit. 'Ornament' war einmal das epitheton für 'schön'. Heute ist dank meiner lebensarbeit ein epitheton für 'minderwertig' (...) und ich weiß, daß die menschheit mir einst dafür danken wird" (sic): LOOS, Adolf, *Trotzdem*, p. 3, Brenner, Innsbruck, 1931.

(5) "DÉDIE à l'AUTORITÉ": LE CORBUSIER, *op. cit.*, p. 1.

(6) "Les plans ne sont pas de la politique (...) monument rationnel et lyrique": *ibidem*.

(7) ¡Ojo!, *radieuse*, no radial: "radieux, euse adj. Radiante (*rayonnant*). (¡Estás radiante! Blanca y radiante va la novia...) // Rebosante, resplandeciente (de *joie*)": GARCÍA-PELAYO, R. - TESTAS, J., *Dictionnaire moderne français-espagnol / espagnol-francés*, p. 613, Larousse, París-Barcelona-Buenos Aires-México, 1991 (1967).

(8) "ÉLÉMENTS D'UNE DOCTRINE D'URBANISME POUR L'ÉQUIPEMENT DE LA CIVILISATION MACHINISTE": LE CORBUSIER, *op. cit.*, p. 1.

(9) "Loos despejó el terreno que teníamos delante e hizo un limpieza homérica [heroica], precisa, filosófica y lógica. Al hacerlo, Loos ha tenido una decisiva influencia en el destino de la arquitectura": palabras de Le Corbusier, publicado en el *Frankfurter Zeitung*, en 1930, con motivo de las celebraciones en torno al 60º cumpleaños de Adolf Loos, y citado en GRAVAGNUOLO, B., *Adolf Loos*, p. 89, Nerea, Madrid, 1988.

(10) "DAS WIRKLICHE, DAS RICHTIGE, DAS NOTHWENDIG, DAS EIGENE, DAS RECHTE, DAS CORRECTE, DAS SICHERE, DER SICHERE, DAS NOETHIGE, DER MAHNER, ADOLF LOOS" (sic): escrito de Adolf Loos, como esbozos para el título de la revista *Das Andere*, Viena, 1903, y recogido en AA.VV., *Adolf Loos*, p. 31, Colección Gráfica Albertina, Viena, 1989.

(11) Aquí se hace referencia a la discriminación padecida especialmente por autores de tendencias más ligadas a lo emocional e infligida por "el bando racional-funcionalista". Esto puede encontrarse comentado, por ejemplo en ESTÉVEZ, Alberto T., "De Gaudí a Calatrava: sobre el bando perdedor (entre dos fines de siglo)", *D'Art*, nº 22, pp. 281-295, Departamento de Historia del Arte, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1996-1997.

(12) Cfr. por ejemplo "La maison de l'homme moderne (et la ville), machine magnifiquement disciplinée": LE CORBUSIER, *op. cit.*, p.143.

(13) Palabras pertenecientes a su Manifiesto del futurismo, publicado en el periódico *Le Figaro*, el 20 de febrero de 1909. Recogido en L. CIRLOT (ed.), *Primeras vanguardias artísticas: textos y documentos*, p. 81, Labor, Barcelona, 1993.

(14) "La máquina es para los artistas dadá sinónimo de un progreso técnico que no ha conducido al bienestar, sino a la guerra. Por este motivo la máquina es vilipendiada y ridiculizada hasta extremos insospechados": *ibidem*, p. 98.

(15) Por cierto, esto no deja de ser una actitud con raíces decimonónicas, cuando a lo largo del siglo XIX los arquitectos salidos de las academias de bellas artes, con la cabeza "llena" de columnas, capiteles y molduritas, quedaban sorprendidos por las audaces construcciones metálicas de los ingenieros. Sus puentes, estaciones, grandes salas de exposiciones, etc. parecían —incluso tipológicamente hablando— mucho más "adecuadas a los tiempos modernos" que toda la parafernalia de los estilos históricos.

(16) Todo ello vaticinado ya por Hermann Muthesius en su declaración en pro de la *Typisierung* (tipificación), publicitado desde el Congreso de Colonia organizado por el Deutscher Werkbund en 1914: cfr. CONRADS, Ulrich, *Programas y manifiestos de la arquitectura del siglo XX*, pp. 40-45, Lumen, Barcelona, 1973.

(17) "L'objectif et le subjectif sont les deux poles entre lesquels surgit l'ouvre humaine faite de matière et d'esprit": LE CORBUSIER, *op. cit.*, p. 0.

(18) "COMMENTAIRES A L'OCCASION DE LA RÉIMPRESSION DE LA 'VILLE RADIEUSE'" : *ibidem*, p. 3.

- (19) “dans cet ordre et cette hiérarchie”: *ibidem*, p. 3.
- (20) Téngase en cuenta que desde estas líneas también se actúa como testigo de lo que se ve y se oye en la escena arquitectónica actual.
- (21) Cfr. *ibidem*, p. 5.
- (22) Cfr. *ibidem*, p. 6.
- (23) Cfr. *ibidem*, p. 7.
- (24) “binome fondamental: homme et nature.”: *ibidem*, p. 6.
- (25) “La renaissance du corps humain”: *ibidem*, p. 7.
- (26) “La norme est là, leçon: la nature.//Le délit est là; notre consentement à l'abdication.//(...) Vivre sain.”: *ibidem*, p. 8.
- (27) Cfr. *ibidem*, p. 8.
- (28) “comme pierre angulaire de toute urbanisation moderne, le respect sacré de la liberté individuelle”: *ibidem*, p. 9.
- (29) Cfr. *ibidem*, pp. 11-14.
- (30) MARINETTI, Filippo Tommaso, *Manifestos y texto futuristas*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1978, pp. 222-224.
- (31) LE CORBUSIER, *op. cit.*, pp. 305-309.
- (32) *Ibidem*, pp. 199 y ss.
- (33) “Nous avons, bien entendu, supprimé la ‘rue-corridor’, la rue de toutes les villes du monde. Nos maisons d’habitation n’ont rien à voir avec les rues. Plus que cela, nous avons pris (sans malice, le contre-pied des tendances actuelles qui visent à faire courir les piétons sur des passerelles, en l’air, et à faire rouler les voitures sur le sol. Nous avons donné TOUT LE SOL de la ville au piéton, sur la terre même: gazons, arbres, terrains de jeu: à peu près 100% du sol à l’usage de l’habitant. Et comme nos maisons d’habitation sont en l’air, sur pilotis, on traverse la ville en n’importe quel sens. J’ajoute: JAMAIS UN PIÉTON NE RENCONTRE UNE VOITURE, JAMAIS! (...) ‘Mort de la rue’”: *ibidem*, p. 108
- (34) “Ces plans nécessitent l’installation de la ‘respiration exacte’ à l’intérieur des bâtiments, réforme que je qualifie de fondamentale, de révolutionnaire, d’extraordinaire dans ses conséquences. La ‘respiration exacte’ implique en façade, des ‘pans de verre’ hermétiques.//Hermétiques!”: *ibidem*, p. 145
- (35) SORIA, Enric, *Coderch de Sentmenat. Conversaciones*, p. 22, Blume, Barcelona, 1979.
- (36) LE CORBUSIER, *op. cit.*, pp. 156-172.
- (37) “Ces planches, dessinées au retour d’Amérique, constituent les éléments positifs d’une doctrine d’urbanisation des villes de la civilisation machiniste. Produits théoriques purs, elles ont permis de fixer le principe même des choses, idéalement.”: *ibidem*, p. 156.
- (38) Cit. en HILPERT, T., *La Ciudad Funcional: Le Corbusier y su visión de la ciudad: condiciones, motivos, razones ocultas*, p. 470, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1983.
- (39) “Prodigieuse ère d’architecture! Tout est architecture! Architecture, c’est mettre en ordre.// TAISEZ-VOUS, CORBEAUX D’ACADÉMIE//‘L’architecture va-t-elle mourir?’//Taisez-vous donc, corbeaux d’Académie!”: LE CORBUSIER, *op. cit.*, p. 197.